

ron de la República una cuestión de derecho; declarando, por el contrario, á cada paso estar prontos á reconocer una Monarquía que simplemente gobernase bien. «Desde José Falcão, exclamando: «¡Si la Monarquía nos puede salvar, que nos salve!», hasta Alfonso Costa, ofreciendo la cooperación del partido republicano á una Monarquía que se inspire en principios de moral y de justicia, esto ha sido así, y yo pregunto dónde se ha dado un hecho semejante desde que hay republicanos en el mundo. En rigor, puede decirse que en Portugal no hay republicanos—los republicanos no reconocen género alguno de Monarquía, mala ó buena—, sino ciudadanos que en vano han pedido la felicidad á la Monarquía.» Y acaba Chagas diciendo que si la Monarquía muere, no muere á manos de los republicanos, que no han hecho sino decirle que viva.

En tanto, en las papelerías donde se venden postales se ve el retrato de Buiça, el regicida, junto al del joven rey Don Manuel, y hasta junto al de su padre Don Carlos, la víctima. Lo he visto aquí, en Oporto, en Aveiro. Y los retratos de los personajes republicanos por dondequiera, hasta en los rótulos de un nuevo licor. Es la moda.

Se coge un diario, y es natural, trae algo sobre la cuestión de los adelantos; pero trae más, mucho más, sobre el hambre, la crisis del vino, la mala cosecha del maíz, y trae muchas noticias de fiestas por dondequiera. De antiguo se venía diciendo que los duelos con pan son menos; puede también decirse que el hambre es menor con fiestas. De estos concursos de gente alegre saca migaja el mendigo, y aquí

la mendicidad, la pordiosería, es una institución más enraizada y más extendida aún que en España.

El Miño se divierte. En Oporto hay un club de los fenianos, otro de los girondinos, pero bajo estos nombres no son sino Sociedades para organizar festejos públicos. Sobre todo, fuegos artificiales, que es un arte eminentemente portugués.

La diversión parece que es parte de la felicidad, y en Portugal, según el republicano portugués Chagas, no hay sino ciudadanos que han pedido en vano la felicidad á la Monarquía. La felicidad. ¿Y qué felicidad es esa que piden los ciudadanos á un Gobierno? ¿Es que el Gobierno, es que la Monarquía, no sabe organizar festejos? ¿Qué felicidad? ¿La de una *Beocia antigua, harta de senaras*, según la frase de Oliveira Martins?

Estos días he estado leyendo aquí, en el seno de este elegíaco Portugal, una de las más hermosas é intensas obras del gran historiador Oliveira Martins, su *Portugal contemporáneo*. Guerra Junqueiro la cree, según se lo oí una vez, la mejor de sus obras. Yo no diré otro tanto, porque no soy portugués. Y Oliveira Martins no me parece, como á Menéndez y Pelayo, el historiador más artista que dió en el pasado siglo la península ibérica, sino el único historiador de ella que merece tal nombre. Es decir, algo más grande y más hondo que un artista. Este hombre es una de mis debilidades. ¡Cuánto he aprendido en esa su obra triste, como él mismo la llama!

Oliveira Martins era un pesimista, es decir, era un portugués. El portugués es constitucio-

nalmente pesimista ; él mismo nos lo repite. ¿ No es acaso la flor amarga de este espíritu la poesía desesperada y dura de Antero de Quental ? ¿ Encontró acaso alguna vez la desesperación acentos más trágicos, más hondamente poéticos en su rígida armazón metafísica, menos artísticos ? La poesía del dolor está en Leopardi templada por el arte, pero el portugués no es artista.

« Para él—dice de Herculano Oliveira Martins—, para él que, como lusitano, nada tenía de artista (prueba, sus novelas), la literatura era una misión y no un diletantismo. El Universo, la Historia, la Sociedad, no se le presentaban como asuntos de estudios sutiles y curiosos, de observaciones finas ó profundas, de cuadros brillantes, vivos ó conmovedores, sino como objeto de afirmaciones ó negaciones, inspiradas por la convicción estoica. » El artista fué Almeida Garrett, el hombre « bruñido, pintado, postizo, tapando la edad después de haber inventado el nombre para ahidalgarse » ; pero este mismo hombre, bajo el peso de un dolor, viéndose en la cama con la pierna rota, sin postizos, escribió la tragedia portuguesa en que la poesía destruye al arte ; escribió el *Frei Luiz de Sousa* ; tragedia « ni clásica ni romántica ; trágica en la bella y antigua acepción de la palabra ; superior á las escuelas y á los géneros, dando la mano por sobre Shakespeare y Goethe á Sófocles. En un momento único de intuición genial—sigue diciendo Oliveira Martins—, Garrett vió por dentro al hombre y sintió el palpar de las entrañas portuguesas. ¿ Qué oyó ? Un coro de aflicciones tristes, una resignación heroicamente pasiva, una esperan-

za vaga, etérea, en la imaginación de una moza física y en el desvarío de un escudero sebastianista ».

Artista suele ser Eça de Queiroz ; pero éste es un extranjerizado que en el fondo descubre, por su feroz burla agresiva, su prosapia. Su celebrada ironía no es la ironía francesa ; Queiroz no se desliza sin apoyarse, sino que se apoya y hasta se ensafia.

Y estos elegíacos pesimistas no creen en la patria. « Las poblaciones rurales y las urbanas, la propiedad y el capital, sin el nexo de la industria, aisladas, no se penetran. Si el capitalista compra tierras, es para arrendarlas, viviendo siempre de la renta. Y capitalista y propietario, provinciano el uno, cosmopolita el otro, ninguno siente palpitar en sí el alma de la nación. » Ese rasgo de polarizar el sentimiento nacional entre el provincialismo y el cosmopolitismo, es uno de los más profundos rasgos de Oliveira Martins. « Una granja y un banco, he aquí Portugal », dice. Y así es. De un lado el campo, el campo portugués, en que es tan dulce vegetar, como vegetara en el otoño de su vida y de sus ilusiones aquel noble Passos Manuel que en el remanso de Alpiaca apañaba aceitunas, comía sus fréjoles, leía su periódico, y, apretando á su hija en los brazos y contra su pecho, procuraba olvidar los infortunios de su patria ; y de otro lado Lisboa, la ciudad cosmopolita, llena de *brazileiros* beocios, materialistas, sin fe ninguna en nada duradero.

¿ Es extraño que, en este ambiente blando y triste, el austero y estoico Herculano exclamara al morir : *isto da vontade da gente morrer!* ¿ Es extraño que Rodrigo, el desdeñoso,

acabara murmurando: *nascer entre brutos, viver entre brutos e morrer entre brutos é triste?* Y ¿no recordáis aquel final de soneto de Antonio Nobre: *Amigos, ¡qué desgraça ter nascido en Portugal!*? ¿Y las ironías amargas de Eça de Queiroz? Callemos algunos versos de fuego ya de Camoens.

No todos sienten así, sin embargo. Hay los bien hablados. Hay los que creen que Portugal es pequeño, «pero un terrón de azúcar», como decía á Link el corregidor de Vizeu. «Portugal es una vasta Barataria en que reina el rey Sancho», decía Garrett. Y en ella se encuentran bien los que no sienten la necesidad de ideales trascendentales, de ideales sociales.

¡Cómo dolió á los portugueses conscientes de su portuguesismo—y con razón les dolió— aquellos dos terribles versos de la estrofa 18 del canto I del *Childe Harold*, de Lord Byron, aquel «¡pobres, viles esclavos!, pero nacidos en el más noble escenario—, ¿por qué, Naturaleza, gastar tus maravillas para tales hombres?»

*Poor, paltry slaves! yet born 'midst noblest scenes,
Why, Nature, waste thy wonders on such men?*

¡Qué acentos inspiró á Herculano este apóstrofe! Pero ¿por qué lo sintió tan hondo el noble estoico que sentía ganas de morir mirando en torno suyo?

Esta enorme tristeza, este arraigado pesimismo, arranca de la falta de un elevado ideal colectivo, de uno de esos ideales que, unificando la vida de un hombre y la de un pueblo, les dan aquella personalidad sin la cual no es la vida, aun con riqueza, más que vaciedad y tristeza. Ese pesimismo arranca de

apatía, una apatía que produce á las veces arranques de furia.

El ideal religioso lo perdió la clase dirigente, la clase europeizada, mejor dicho, afrancesada, de Portugal. «La trivialidad del catolicismo liberal, sin fe, era la religión del príncipe (de Don Pedro IV, el del Brasil) é iba á ser la de la nación nueva», dice Oliveira. Es decir, perdido no se ha perdido, se ha transformado. Hoy es la trivialidad del cientificismo, más ó menos alcanesco. El pobre Teófilo Braga, tan simpático y noble carácter como insoportable escritor y horrendo... *poeta* (?), es un simbolo. Venga ó no á cuento, ha de sacar á colación á Augusto Comte. Y es un trabajador incansable, que ha dado á su patria obras por cuantía de cerca de dos metros de profundidad.

«Ideas no se encuentran... sino las que esos hombres bebieran en los libros franceses más vulgares y triviales.» Esto es hoy aquí tan verdad como lo era cuando Herculano lo escribió hace medio siglo. El libro terrible y triste de Oliveira Martins, de que os vengo contando pasajes, leed lo que dice de la ciencia desordenada de las clases medias portuguesas.

Sí, esta pseudociencia, este cientificismo progresero es peor, mucho peor que ese fatídico ochenta por ciento de analfabetos sobre que tanto declaman los científicistas afrancesados portugueses. «La fortuna de los ricos, la suerte de los pobres, van guiadas por una cosa peor aún que la ignorancia—la ciencia falsa, pedante siempre.»

«¡Y luego, la idea del progreso que trae el *brazileiro* enriquecido! Para éste será, sin duda alguna, una sentencia casi evangélica

aquella grotesca frase de Fontes, el fanático por las vías de comunicación como él mismo se llamaba, cuando exclamaba en un raptó de progresería: «¡por encima del caballo de diligencia está el tranvía; por encima de éste, la locomotora, y por encima de todo, el progreso!» Oliveira Martins comenta esta frase geodéonica, digna de Mr. Homais, añadiendo: parece inventado y no lo es.

No, no lo es. Yo me he encontrado con alguno de esos *brazileiros* progresistas que volvían á gastarse sus pesos en la nativa aldea del Miño, ¡y había que oírle! Y lo que él decía de una manera que por lo ingenua y sencilla resultaba simpática, eso mismo dicen, aunque con otras palabras, los que en liceos y academias bebieron de la fuente de la Ciencia, así, con letra mayúscula. Uno de éstos me habló con encomios ponderativos, y para halagar mi amor patrio, de los trabajos de Ramón y Cajal, cuyo tratado de histología estudiara, pero... en francés. Sí, porque en castellano corría riesgo de que con la lengua se le pegase algo de nuestro espíritu berberisco é inquisitorial, soberbio y desdeñoso.

La ciencia es aquí uno de los últimos ídolos.

Y algunos de estos científicos que por sobre España se dan la mano con los científicos franceses—lo cual no quiere decir que entre nosotros no los haya—, ¡con qué noble simpatía nos compadecen á los españoles que no hemos logrado aún sacudir de nuestros espíritus el viejo fanatismo místico! ¡Todavía es una cuestión nacional en España la cuestión religiosa! (Y ¡ojalá siga siéndolo mucho tiempo!) Aquí, en Portugal, ya no; aquí han lle-

gado en ese punto á la tan ansiada paz de los espíritus, ó por lo menos así lo creen ellos. Ahora, lo que no se les va en fanatismo se les va en superstición. Porque—y no se alarmen los mentecatos que en dondequiera ven paradojas—el fanatismo y la superstición suelen estar en razón inversa. Bien decía Oliveira: «Cuando un escéptico tiene supersticiones—contradicción sólo aparente, y por lo demás vulgar, del espíritu humano—, no reacciona, obedece;—no resiste, cae. Cuando atacan á un místico, le fortalecen con un coraje trascendente.»

El otro día, leyendo en uno de los diarios de más circulación de Portugal el anuncio de una echadora de cartas—no me acuerdo si era una madama—, pensaba que, si se pudiese estudiar el curso de ese negocio, se vería que rendía más en Lisboa ó en Oporto que no en Madrid ó en Barcelona. Los españoles, en el fondo, creemos menos en los milagros; ni aun en los de la ciencia. Y no es por escépticos; es porque aún tenemos alguna más fe en nosotros mismos. No esperamos en la vuelta de ningún Don Sebastián. El futuro Mesías ha de salir de un laboratorio, me decía una vez Guerra Junqueiro. ¿No es esto sebastianismo científico?

Cuando me encuentro en España con algún español jeremiaco, pesimista, aporuguesado, que se complace en ponderar y exagerar los males de la patria y en no ver el evidente y grandísimo adelanto de los últimos años, le digo siempre: váyase una temporada á Portugal. Aquí, sí, están algunos muy satisfechos con el estado del cambio, y con eso de que su

dinero se cambie á la par con el nuestro— estos días oscila entre 890 y 900 reis el duro—, y hasta con algún premio á su favor, y esto á pesar de hallarse su Hacienda mucho más averiada que la nuestra; pero yo digo siempre á eso: no es sólo dinero, ni es principalmente dinero lo que cambian los pueblos.

Y ¡qué pasta para un pueblo hay todavía aquí! ¡Qué vitalidad la de esta gente! Y ¡qué prolíficos, cielo santo! Como que hoy su principal exportación es la exportación de hombres, de ganado humano, como ha dicho uno de ellos. Y de hombres duros, resistentes, sufridos. Decía Spencer que lo primero es hacer del hombre un buen animal; mas como esto de animal es especie del género viviente, lo primero es hacer de él un buen viviente. Y eso son aquí, buenos vivientes, con robusta vitalidad de plantas, como la de estos pinos que enraízan en las arenas de sus costas. Y luego sumisos. Sumisos hasta cuando se rebelan. «El sentimiento innato de rebeldía (que no se debe confundir con el de la independencia)—dice Oliveira—, esa *vis* íntima de los celtas sumisos de Irlanda y de Francia, existe en el miñoto...» Tienen la cólera del ciervo ó la del carnero, que les lleva á actos de violencia frenética. Cuando el borrego se irrita, arremete con el primero que encuentra, y luego todo sigue lo mismo que antes. Así se explica el regicidio y sus consecuencias. Rebeldía, sí; independencia, no. Aquí, como en Galicia, puede florecer el anarquismo, pero no el sentimiento de libertad. Y la anarquía es la servidumbre.

Al terminar Oliveira Martins su doloroso y triste *Portugal contemporáneo*, después de pin-

tar el estado de las clases dirigentes, añade: «y hasta hoy, forzoso es decir que el pueblo no descubrió aún medio de libertarse de ellas», y concluye diciendo: «ni descubrió el medio, ni demostró ganas de hacerlo. ¿Duerme y sueña? ¿Le será dado despertarse aún á tiempo?» Unas páginas antes, y hablando de la invención de la fiesta del 10 de Diciembre, en que estalla la retórica anticastellana, escribió: «de ahí vino á encenderse en el corazón del pueblo pasivo, y en provecho de la intriga política, un odio arcaico, absurdo, tal vez responsable de futura sangre inocente derramada, si un día los vaivenes del equilibrio europeo hiciesen que España nos conquistara». Leo estas líneas y las que le siguen—estas otras creo no deber traducirlas ahora al castellano—, y me pongo á pensar en la agorera suerte de esta nación tan poco naturalmente formada, y á la vez agólpanseme á las mientes dolorosos pensamientos sobre lo que en nuestra España está hoy ocurriendo. ¡Portugal y Cataluña! ¡Qué mundo de reflexiones no provoca en un español el juntar estos dos nombres!

Espinho, Julio de 1903.

LAS ÁNIMAS DEL PURGATORIO EN PORTUGAL

Es muy frecuente oír á los portugueses que es el suyo un pueblo irreligioso; que aquí, en Portugal, los problemas de religión no interesan de veras á nadie. Paréceme que en esto, como en otras cosas, padecen una ilusión.

En pocas partes hay una linde tan profunda como la que aquí hay entre la población rural, entre el genuino pueblo portugués campesino y las clases cultas, ó seudocultas, que habitan en las ciudades. La cultura de estas clases es extranjera, mejor dicho, francesa.

No deja de tener una significación profunda el hecho de que el poema oficialmente nacional de Portugal sea un poema henchido de todos los lugares comunes del Renacimiento internacional europeo. Digan lo que quieran los portugueses, en *Os Lusíadas* apenas si se transparenta el primitivo espíritu campesino portugués. El poema de Camoens brotó del deslumbramiento causado por los viajes á Oriente, de aquellas tan gloriosas cuanto malhadadas odiseas. Y en tanto el escritor popular aquí—en cuanto puede hablarse de escritores populares

en un país en que la gran mayoría son analfabetos—, no es Camoens, sino Camilo Castello Branco con su ingente bagaje de novelas de una sentimentalidad morbosa, pero fuerte.

Los portugueses, procedentes de esas clases cosmopolitizadas de las ciudades, de Lisboa ó Oporto, los que se formaron en los libros de moda de la ciencia fácil de exportación, los que en el fondo se avergüenzan de su patria, éstos son los que dicen y repiten que aquí no hay cuestión religiosa ni interesan á nadie los problemas religiosos. Y ellos, en tanto, creen en los milagros de la ciencia.

El clero... De esto no puede hacerse caso. Hay aquí en el pueblo un cierto anticlericalismo, como lo hay en Galicia. En los cantares gallegos de Rosalía de Castro, que parece era hija de un cura, se advierte esa nota. Pero ello tiene que ver poco ó nada con lo religioso.

La religiosidad portuguesa, lo mismo que la gallega, lo que alguien llamaría, no sé con qué fundamento, religiosidad céltica, hay que ir á buscarla por debajo de las formas regulares y canónicas de la religión oficial. Por debajo de ella palpita y vive aún cierto naturalismo que tiene mucho de pagano y no poco de panteísta.

Hay aquí siempre latente una cierta religiosidad pagana, diferente de la religiosidad castellana, que nos recuerda más bien la de los pueblos semitas.

El Cristo español, me decía una vez Guerra Junqueiro, está siempre en su papel trágico: jamás baja de la cruz donde, cadavérico, extiende sus brazos y alarga sus piernas cubiertas de sangre; el Cristo portugués anda por costas y

prados y montañas, jugando con la gente del pueblo, se ríe con ellos, merienda, y de vez en cuando, para llenar su papel, se cuelga un rato de la cruz.

No es, sin embargo, la religiosidad portuguesa tan riente y alegre como esta no muy reverente parábola del imaginativo poeta podría hacer creer. Aquí hay el culto á la muerte; sólo que, en vez de ser trágico como en España, es elegiaco y tristón.

Aquí hay culto a la muerte, al olvido, á la paz última. Eran muchos los que en el tiempo de oro, en la edad de gloria, pensaban como Fernando de Magallanes, el gran navegante, que, si les faltaba todo, quedaríales la sierra á que retirarse, siete varas de paño y unas abogallas para cuentas del rosario. Son muchos los que como Joao de Deus, el poeta más intensamente portugués, le dicen al ruiseñor aquello de: «¡Oh ruiseñor, á ti te nace el día al ponerse el sol; muéstreme el cementerio la luz que te alumbró, oh ruiseñor!»

*O rouxinol! a ti nasce-te o día
ao por do sol;
mostreme a campos a luz que te alumia,
o rouxinol!*

¿No fué acaso Herculano el que habló del plácido sepulcro, rodeado de esperanza?

Recorriendo estas tardes las estradas que desde este pueblecillo parten al interior, entre los pinares de espaldas al mar, me he encontrado de trecho en trecho—y lo mismo me ha ocurrido en otras regiones portuguesas—con unos mojones ó estelas en que se levantaba un altarcito

con una tosca pintura representando las benditas ánimas del Purgatorio. Y allí, muestras de piedad popular en flores ó en luces.

El culto á las ánimas del Purgatorio es aquí mucho mayor que en lo que de España conozco.

He oído decir á algún gallego que también en Galicia juega un gran papel eso de las ánimas y de los difuntos, y que de leyendas y supersticiones referentes á ellos consta en gran parte la religión popular gallega.

Uno de esos que haya leído algo de lo mucho que últimamente se ha escrito sobre los orígenes de las religiones, aunque sólo sea en esos libros de vulgarización científica ó pseudocientífica, cuando no sectaria, no dejaría de extenderse aquí en baratas consideraciones sobre la teoría de que fué el culto á los muertos antepasados lo que inició las religiones primitivas. Y desde luego citaríá á Spencer, que es en este caso lo obligado.

Algún otro de esos tocados todavía de volterianismo, y que por dondequiera ven la malicia de los más avisados embaucando á los más lerdos, no dejaría de repetir las baratísimas ironías de que ha sido blanco la creencia en el Purgatorio. Porque la cosa es clara; diría: el Purgatorio es una invención de los curas para lucrarse con ella; es el principal capítulo de ingresos para la Iglesia y el Clero; es su viña, su mina.

Y hay, sin embargo, por debajo ó tal vez por encima de estas explicaciones tan cómodas, la de los que presumen de ciencia y la de los que presumen de listos, hay algo más profundo y más real.

Hablaba yo un día con cierto calvinista tí-

gido, fanático, y, sobre todo, nada imaginativo, y empezó el hombre á tronar contra la creencia en el Purgatorio todo un rosario de vulgaridades. Y yo, que no creo en tal Purgatorio, tuve que atajarle diciéndole:

—Señor mío, es mucho más fácil execrar el fanatismo ajeno que dominar el propio, y de las más preciosas cualidades que todo sectarismo destruye son el sentido crítico y la capacidad de ponerse en el caso de los demás; cualidades que acaso son una sola. Usted, con una fe en la predestinación de que ahora no hemos de tratar, cree que así que un hombre muere se salva ó se condena irremisiblemente, sin que los vivos puedan hacer ya nada por las almas de los muertos, cuyo destino depende de Dios y de ellas mismas, de la fe que tuvieron. Sí, ya sé que usted recuerda á sus muertos y guarda su memoria, y acaso los pone como ejemplos á los vivos; pero por ellos mismos, por sus almas, usted no cree poder hacer cosa alguna. Su religión de usted es radicalmente individualista; es, permítame que se lo diga, feroz é implacablemente individualista.

El catolicismo, no. El catolicismo tiene un sentido más social, más colectivista. No es el individuo aislado; es la comunión de los fieles la que se relaciona con Dios por Cristo. Los méritos son trasferibles: uno padece y reza por otro, tiene en el cielo cada cual quien por él ruegue, y cada cual á su vez puede ofrecer sufragios por sus difuntos. De aquí el culto á los santos, de aquí el culto á las ánimas del Purgatorio, de aquí el valor de los medianeros.

¿Y no cree usted, señor mío, le dije, que es un gran consuelo eso de poder hacer algo por

nuestros muertos y que nuestros vivos puedan hacer algo por nosotros luego que muramos? La pobre viuda puede hacer más que llorar á su difunto marido y venerar su nombre y su memoria; cree poder aliviar sus penas. Y si usted me dice que para explotar este sentimiento de solidaridad entre vivos y muertos se inventó el Purgatorio, yo le diré que fué el sentimiento mismo ese el que lo creó. No fué inventado para explotar el sentimiento, sino que lo explotan porque el sentimiento lo creó. Los mineros no inventan la mina.

Así una familia no termina en la tierra; así, hay una íntima comunión entre los vivos y los muertos, una comunión más real—en la creencia, se entiende—que la de las tradiciones y el que vivamos de lo que nos legaron. Así, nuestro Vicente Wenceslao Querol pudo hablar del «místico lazo en que va unida, parte de una familia por el cielo, y parte por la tierra».

No pude reducir á juicio más sereno á mi amigo el calvinista, en quien el fanatismo religioso había ahogado la comprensión poética.

Y ahora aquí, en este rincón de Portugal, al ver los altarcillos de las ánimas por sus estradas ceñidas de pinares, me acuerdo de todo eso y del hondo sentido de la solidaridad religiosa entre vivos y muertos.

Leyendo en las *Poesías* de Herculano las «Tristezas do desterro», me encuentro con estos hermosos conceptos poéticos:

*Quando nos luz o sol do céu da patria,
Embora sobre nós verta a desdita
Torrentes de amargura, ha un consolo:
E o altar e a oração. Ao desterrado*

*Nem sequer isso resta. O templo alheio
E como ermo de Deus; como que param
Nesse craneo de marmore arqueado
Do gigante edificio as tristes preces
Em lingua estranha proferidas. Gelidas
E duras sao do pavimento as lageas
Para quem sabe certo nao o escutam
Mortos que muito amou; que nesse tecto
Vai bater froxa uma oração discorde
Entre mil orações.*

Sí, ni el altar y la oración son para el desterrado consuelo; el templo ajeno está como yermo de Dios y se detienen en ese cráneo de mármol arqueado del gigante edificio las tristes preces proferidas en lengua extraña. ¿Y por qué? ¿Es que Dios no entiende en todas partes las lenguas todas? Es que son heladas y duras las losas del pavimento para quien sabe que bajo ellas no le escuchan los muertos á que tanto amó, para quien sabe que la lengua de aquellos muertos no fué la lengua del vivo desterrado que sobre sus sepulturas reza en lengua á ellos extraña.

En Portugal, como en España, como en todas partes, se estuvo enterrando en el recinto mismo de los templos; pero cuando aquí, en Portugal, se mandó enterrar en cementerios, fuera de las iglesias, la resistencia fué mayor que en otras partes. Y aun hoy mismo, ¡qué diferencia entre un cementerio de aldea portugués y un cementerio de aldea castellano! El castellano parece un corral.

Allá en mi pueblo, Bilbao, aún se levanta el cementerio de Mallona, donde duerme mi padre su último sueño, encima del pueblo, domi-

nándolo. Desde el puente del Arenal, verdadero corazón de la fuerte villa, hija del agua, se ve el cementerio, se columbran sus cipreses. Pero ese cementerio va á ser amortizado, las cenizas que en él reposan se trasladarán al nuevo, á más de dos leguas de la villa, separado de ella por montañas, lejos, muy lejos. Los vivos expulsan á los muertos, los destierran, los alejan. Acompañan el cadáver hasta una estación de ferrocarril, allí lo meten en un vagón y lo expiden adonde no perturbe la fiebre de los vivos sedientos de negocios. ¿No es esto melancólico?

Una de las cosas más dignas de visitarse en Oporto es el cementerio; hay en él tanto arte como en el Museo de bellas artes de la ciudad. Cierto es que en éste hay bien poco que ver, si se exceptúa la magnífica escultura del Desterrado de Soares des Reis.

Y este Desterrado ¿no sería inspirado acaso por los profundos versos de Herculano? Aquella hermosamente trágica figura que sentada sobre una roca parece llorar sobre el mar, nos recuerda la lágrima que, huida de los ojos turbios de Herculano, fué devorada por el Océano, para ir luego en la ola incierta que rueda libre, peregrina eterna, á depositarse en la tierra natal.

*Essa lagryma acceita: é quanto pode
Do desterro enviar-te um pobre filho.*

¿Y no es la tierra misma un destierro para las almas, según la creencia? Y al salir del destierro, ¿dónde mejor que en el templo podría ponerse el cuerpo que lo albergó y que acaso si-

gue albergándolo? Tal vez el alma purgue sin salir del cuerpo mismo á que animó y que está pudriéndose y haciéndose tierra. Esta es, creo, la idea oscura que, aun sin darse cuenta de ello, abriga el pueblo.

Allí, en el templo, al pie del altar, bajo las preces de los vivos, estaban acaso las almas de los muertos más seguras. Allí tal vez no podrá ir el demonio á cogerlas. Y viene el duro, el austero Herculano, y grita:

*Tremei! Do altar á sombra
Tambem ha mau-dormir de somno extremo.*

¡Terrible imprecación! También á la sombra del altar hay mal dormir de sueño extremo; ¡temblad! Y temblorosos vierten preces y lágrimas sobre las losas que cubren los cuerpos—¿quién sabe si también las almas?—de los que fueron.

Cuando vuelvo de estos paseos por las estradas ceñidas de pinares, cuando vuelvo de ver los altarcillos de las ánimas, alguna vez he presenciado el incendio del ocaso por entre los erguidos troncos de los pinos. Parecía el pinar un templo de negras columnatas, con su bóveda de verdura por entre cuyos desgarrones se descubre la otra bóveda azul, la eterna. Apresuro el paso y llego desde una altura cualquiera á ver ponerse el sol en el océano.

Es el océano vasto cementerio, sobre todo para Portugal. ¡El mar, ésa es la «campa», ése es el cementerio de esta desgraciada patria de Vasco de Gama, de Juan de Castro, de Albuquerque, de Cabral, de Magallanes, de todos los más grandes navegantes del mundo, de esta

patria del infante Don Fernando, del rey Don Sebastián, que allende el mar murieron. En ese inmenso cementerio vivo, que viene murmurando *fados* á besar las playas de este

jardim de Europa, beira al mar plantado,

en ese inmenso cementerio descansa la gloria de Portugal, cuya historia es un trágico naufragio de siglos. Y este murmullo del océano, estas quejumbres que vienen de su seno cuando el sol en él se acuesta, ¿no son acaso las voces de las pobres ánimas portuguesas que vagan errantes en sus olas? ¿No piden sufragios á los vivos? ¿No es aquí el mar el Purgatorio?

Sí, aquí el Purgatorio es el mar; un purgatorio de aguas traidoras, no de fuego; sus olas son sus llamas. El mar, que fué la gloria de Portugal; el mar, que le ha dado eternidad en la historia humana, el mar le ha devorado, el mar le ha metido

*no gosto da cobiça e na rudeza
d'huma austera apagad e vil tristeza,*

como cantó, de acorde con el mar, Camoens. ¡Apagada y vil tristeza! Esto es lo que se ve hoy aquí. Y viéndolo se le ocurre á uno pensar si las ánimas serán las que descansan bajo tierra, en los templos ó junto á ellos, y en el seno del mar, ó no serán más bien las que habitan en los cuerpos de los que vemos por aquí trajinar y buscarse el pan de cada día. Portugal es hoy un purgatorio poblado de ánimas.

Espinho, Agosto de 1908.

LA PESCA DE ESPINHO

La costa portuguesa en este distrito de Aveiro, al Sur de Oporto, es de una triste monotonía. Una larga playa baja, de fina arena, y cadenas de dunas coronadas á veces por los pinos, que llegan á mirarse en las aguas. Trechos hay, como este de Espinho, en que el mar avanza, ó, mejor, la costa se hunde. A este pueblecito se le está tragando el mar, y muy de prisa.

El canal tiene aquí, por otra parte, algo de campesino; parece como que se ruraliza. Sus lindes se confunden en muchas partes; penetra en la tierra por lenguas de agua. Hacia Estarreja suelen verse velámenes de barcas cruzando un maizal, y en éste, al pie de los árboles, junto á los bueyes, remiendan y arreglan las redes de pesca las mujeres. El campo y el mar verdes, como que se abrazan y mezclan bajo el cielo azul, ofreciéndonos la más fiel imagen de este Portugal campesino y marinero que con los leños de sus bosques aró los más remotos océanos. Y estas sus largas odiseas,

por mares d'antes nunca navegados,

empezaron, sin duda, por las pesquerías. A los pescadores fué á quienes enseñaron á marear los genoveses, maestros en el arte de los rumbos.

Hay algo de dulce y de manso en este mar, que, aunque á menudo bravío, viene blandamente á besar la tierra y á mezclarse con ella, que no le opone erguidas rocas ni abruptos acantilados. Desembocan en él ríos mansos como el Vouga, y recuerda uno el atrevidamente poético rasgo de Tomás Ribeiro cuando, en su lamentable *D. Jayme*, decía que el mar viene á ahogar su sed angustiosa en el sabroso néctar de los ríos portugueses.

*O mar na terna lida porfiosa,
cansado de correr largos desvíos,
vem aposar á sede angustiosa
no saboroso nectar de teus rios.*

En esta parte de la costa portuguesa, junto al labrador vive el pescador. Aquél siembra el lino y hace las cuerdas de las redes con que éste pesca, le provee de las maderas para sus barcas.

Aquí, en las arenas de esta playa de Espinho, se ven descansar, de proa al mar, las barcas pescadoras. Recuérdanme lo que debieron ser las naves con que los aqueos arribaron á Troya, las naves homéricas. Son, de hecho, como ejemplares sobrevivientes de una especie ya en otras partes extinguida.

Tienen, en efecto, algo de primitivo estas barcas sin quilla, fondo plano como el de las chalanas con su apuntada proa al modo de las góndolas, y en ella una cruz de remate. Vién-

dolas en tropa, cual extraña bandada de aver en reposo, diseñarse sobre el cielo, acuérdase uno de aquellos

*esqueletos de galeras
que foram descobrir mundos é mares.*

Hay algo de solemne en la suprema sencillez de esta visión para quien lo mira con ojos que recorrieron la historia trágicomarítima de este

Jardim da Europa á beira-mar plantado.

Luego son puestas las barcas en movimiento. Llénanlas con las redes, y, haciéndolas resbalar sobre rodillos, las empujan á las espumosas olas, playa abajo. Los tostados dorsos van apretando contra los costillares de las barcas. Dejan sujeto en la arena el cabo de una de las dos cuerdas de la red. Montan en cada barca unos treinta tripulantes, media docena para tender la red y demás menesteres, y diez ó doce á cada uno de los dos grandes remos. Pues dos tiene cada barca, como dos aletas, con un gran ensanchamiento central que hace de estrobo. Y allá van, bogando á alta mar, para arrancarle su sustento, brillando al sol sus bronceadas espaldas, cogidos del remo, como los galeotes, dándose cara media á media docena de hombres en cada uno de los dos remos.

Aléjanse de uno á dos kilómetros—en invierno más, pues en verano la sardina se acerca á la costa—, y antes de char la red rezan todos piadosamente. En otro tiempo, los tripulantes de las diversas barcas se peleaban por el sitio en que habían de tender la red, y

volvían algunos descalabrados de la refriega.

A las tres horas de haber salido, vuelven trayendo el cabo de la otra cuerda. Y es un espectáculo emocionante, y á las veces solemne, ver á las barcas de levantada proa esperar, con el cuello erguido, olas favorables y embestir luego á la arena entre cascadas de espuma y gritería de los que las esperan. Y luego, á tirar de las dos cuerdas de la red para recogerla. Tiran desde la playa con parejas de bueyes.

Esto de sacar las redes con parejas de bueyes es lo que más carácter da á la pesca en Espinho, asemejándola á una labor agrícola y prestando asidero á la imaginación para cotejar con la labor de los campos en esta región en que, como digo, el mar parece se ruraliza.

En otro tiempo sacaban las redes á brazo, y los que del campo bajaban á esta penosísima labor, estaban exentos del servicio militar. Bien decía el que dijo: «Bendigamos al que primero domó el caballo; pues, si no, la mitad del género humano estaría llevando á cuestas á la otra mitad.» (Y á pesar del caballo, algo así sucede.)

Durante cosa de dos horas tiran, pues, de cada una de las dos cuerdas de cada red unas diez parejas de buyecitos rubios, de larga y abierta cornamenta, ocho tirando á la vez y dos de reveza. Y allá los veis caminar pausados por la fina arena que se les hunde bajo las hendidas pezuñas, mansos y sufridos, aguijados por estas mujeres descalzas con su ceñidor á medio vientre y su sombrerito de labradoras, un rodete. Ese ceñidor, una faja que se ponen sobre el vientre, bajo la cintura, es característico de las mujeres del Aveiro; sírveles acaso de apoyo

en sus esfuerzos. Y el sombrero responde á la costumbre de llevar las cargas sobre la cabeza.

Y allá van los bueyes, arando el mar—y así le llaman, *lavar o mar*—, uncidos con estos curiosos yugos del Norte y Centro de Portugal. No tiran con la testuz como en Castilla, sino con el cuello y la cruz de las espaldas, sobre las cuales se inclina el yugo, una pieza cuadrangular, de madera de alcornoque, llena de dibujos y tallados decorativos, en cuyo centro se destacan á menudo las armas de Portugal pesando sobre los bueyes.

Tales yugos son una de las cosas más curiosas que hay que ver por aquí. Varían sus motivos ornamentales, de trazado geométrico casi siempre, y en los que el señor Joaquín de Vasconcellos quiere ver un reflejo de la decoración romántica de las portadas de los templos. En Oporto vi el otro día que ha empezado á formarse una colección de estos yugos, lo cual es muy plausible, pero tiene á la larga un peligro, y es que, empezando á coleccionarse yugos en un museo, se acabe por construir nuevos modelos de ellos con destino á él.

¿No se hace acaso, con ocasión de un centenario, sellos para los coleccionistas? En cuanto el hombre da en coleccionar algo, ya este algo tiende á hacerse artificial y destinado á colecciones, sin que falte quien suponga si habrá un oculto dios marino entretenido en fraguar nuevos tipos de diatomeas para los que las coleccionan, ó un dios Silvano fabricando nuevos insectos para los entomólogos. ¿No se hacen acaso tipos de perros para los *aperrados*?

Y, entre tanto, los buyecitos rubios, cabizbajos al peso de sus ornamentados yugos, sopor-

tando las armas de Portugal, siguen playa arriba, trillando la arena y tirando de las cuerdas de la red.

Cuando ésta aparece ya á la vista, aflorando las cercanas olas sus flotadores, empieza un vocerío rítmico y se van reuniendo hombres y mujeres. El vocerío éste tiene, como el que levantan al botar al mar las barcas, algo de rítmico, en efecto. Oyéndolo, y oyendo sobre todo el canto con que acompañan el remo, he llegado á sospechar si el *fado*, ese melancólico y quejumbroso canto portugués, que parece pedido de limosna al Todopoderoso, nació al compás del golpe del remo sobre las olas del *saudoso* mar.

Por fin aparece la red sobre la arena, arremolinanse en su torno, y al abrirla chispea al sol la plateada masa, palpitante más que de vida, de agonía.

Y es un espectáculo trágico el de aquel montón de vidas expirantes que se agitan al sol, junto á las olas de que salieron, al rumor del *fado* eterno del mar. Traen sustento de vida á los hombres, y una vez más se nos aparece como un vasto cementerio ese océano donde acaso se inició la vida y en cuyo seno palpita poderosa. ¿Pero es que estas arenas mismas, lecho de muerte, no son en su mayor parte, acaso, restos de caparazones de seres en un tiempo vivos?

La arena misma, ¿no es un vasto cementerio? ¿No lo es el mar?

Y como hombre que lee, lleva, quieras que no, un pedante dentro, recordaba yo las teorías de Quintón sobre la cuna de la vida y cómo del mar salimos. ¿Volveremos al mar?

Métense hombres en la masa palpitante, hun-

diendo en ella sus bronceados pies, y á paladas, separando acá y allá algún pescado, van llenando los *rapicheles* ó *redaños*, especie de cestos de red en que dos hombres para cada uno llevan la cosecha á tenderla en la arena, donde se hace el cernimiento por mujeres.

No puede ser mayor la analogía con una labor agrícola. Los bueyes sacaron del mar la mies del pescado, apareció en la arena como en la era la parva, y ahora viene el aventarla.

Sentadas en la arena van las mujeres haciendo el apartado. Lo más de lo que sacan es *espadilla* mezclada de cangrejos, y no vale más que para abono de las tierras; de veinticinco á treinta mil reis la redada, es decir, de 130 á 160 pesetas.

Si es sardina, llega á valer hasta 300.000 reis, esto es, unas 1.600 pesetas.

Y como cosa extraordinaria, de esas que se recuerdan diciéndose, «en tal día de tal año...» se habla de alguna redada que valió un *conto*, mil duros.

Las gentes que del interior de Portugal y de España vienen á baños, escudriñan maravillas la cosecha del mar, admirando las extrañas cataduras de tantos peces que nunca vieron, por lo menos vivos. Son de oír los comentarios de los de tierra adentro.

La multiformidad de la vida es un espectáculo de interés inagotable, y un placer de los más puros ver al natural, y en vivo, lo que acaso se vió en estampa, sin acabar de dar crédito á su existencia.

Hacen la selección de la pesca, y luego se subasta allí mismo, en la playa, y en el momento de la subasta aparece el hombre fatídi-

co de uniforme, el odiado ministro del Estado, el implacable representante del Fisco. ¡Lo que cuesta ser nación, y nación pobre!

En una charla que tuve con uno de los pescadores, las dos palabras que más se le venían á los labios eran las de contribución y la de hambre. Por dondequiera les persigue el Fisco, forma la más concreta que para ellos toma el Estado.

Parte de la pesca va á la fábrica de conservas, y allí se les ve descabezando y destripan-do sardinas, cuyos sanguinolentos despojos quedan en la arena para las gaviotas, parte va á la venta al detalle y una parte mayor en carretas celtas para abono de los campos. Los cangrejos no tienen otro destino. Y aquellos mismos buyecitos rubios, de larga y abierta cornamenta, que tiraron de la red, llevan á los campos, en unos carritos del más antiguo tipo, en unos carritos célticos, de ruedas macizas, haciendo una sola pieza con el eje, y con dos aberturas para aliviarlas del peso, el abono sacado al mar.

Así vuelve la muerte á dar vida, y así devuelve el mar á la tierra algo de lo mucho, de lo muchísimo que de ella los ríos llevan á su seno. Y luego veis en el campo, junto á un maizal, ó junto á un linar de donde salen las redes, un montón de cangrejos ó de espadillas, pudriéndose al sol para enriquecer la tierra.

Días pasados estaba yo en la playa viendo sacar las redes á la hora en que iba el sol á acostarse en sábanas de niebla sobre las aguas. Me aparté un poco del sitio donde vaciaban la red, para mejor gozar de la puesta del sol.

Una puesta de una solemne majestad reli-

giosa. Al ir á acostarse entre las leves brumas del ocaso, iba cambiando de forma el globo de fuego, como bajo el toque de los dedos de algún invisible alfarero. Era, en efecto, como cuando la masa de arcilla va transformándose dentro de un tipo general de vasija, al toque del alfarero. Luego empezó á hundirse en las aguas, y cuando parecía flotar sobre éstas un pequeño lago de oro encendido, recorríanlo de extremo á extremo vagas sombras. Cruzaban el cielo, sobre las olas, algunas gaviotas avizorando los despojos de la cosecha, y en la arena tendidas las parejas de bueyes, mientras los hombres subastaban la pesca, rumiando aquéllos, afanándose éstos, veían indiferentes, sin mirar, la puesta del sol en el seno del Océano. En sus grandes ojos mansos, ojos homéricos, se ponía también el sol en un mar tenebroso.

¡ Hermosa evocación! El sol muriendo en las aguas eternas y los peces en la arena, los hombres mercando su cosecha marina, el mar cantando su perdurable *fado*, los bueyes rumiando lentamente bajo sus ornamentados yugos, y, allá á lo lejos, las oscuras copas de los pinos empezando á diluirse en el cielo de la extrema tarde. Y junto á los pinos, en la costa, unos cuantos molinos de viento, sobrevivientes también de una especie industrial que empieza á ser fósil, moviendo lenta y tristemente sus cuatro brazos de lienzo.

Esta contemplación de la puesta del sol marino brisado por la canción oceánica, es una de las más puras refrigeraciones del espíritu; pero, al detenerme así á mirarle con interés, temo que saque de entre las olas un brazo de luz y, exten-

diéndomelo, exclame quejumbroso: *dez rei-sinhos, senhore!*

No he presenciado, gracias á Dios, tormenta alguna que haya cogido á los pescadores en el mar, pero me dicen que es imponente espectáculo. Las mujeres chillan y lloran—aquí el canto es lloro y el lloro chillido—, acuden á la ermita de Nuestra Señora de la Ayuda y allí, de rodillas ante el templo cerrado, mezclan ruegos con imprecaciones.

¡Cuán diferente el espectáculo de la pesca aquí y en la costa de mi tierra, en la brava costa cantábrica! La botadura al mar de estas barcas seculares y la salida de las traineras de Bermeo, v. gr., son dos cosas que apenas se parecen. Como no se parece aquella costa de ásperas rocas á esta de blanda arena.

Del siglo XII al XVI progresó la industria pesquera en Portugal. De las colmenas de pescadores salieron los navegantes, y las grandes navegaciones acabaron con las pesquerías. A mediados del siglo XIV, las ciudades de Lisboa y Oporto celebraban con Eduardo III de Inglaterra un tratado para el derecho recíproco de pesca en ambos países durante cincuenta años. Eran tiempos en que iban á la pesca de la ballena.

A principios del siglo XVI se acusa la decadencia, como efecto de los grandes y gloriosísimos viajes. De ochenta barcas de pesca que había en Vianna en 1580, no quedaba ni una sola en 1619: todo lo arrastró la navegación al Brasil. Lo único que estas navegaciones les trajo para la industria pesquera fué el ir á los mares del Norte á pescar bacalao, lo cual perdieron luego, recobrándolo posteriormente.

Iban los navíos portugueses en el siglo XVI á pescar bacalao en Terranova, y según el *Tra-tado das ilhas novas*, escrito por Francisco de Sousa en 1570, cuando esos navíos fueron entre 1520 y 1525 por primera vez allá, se perdieron sin que se supiera de ellos sino *por via de biscainhos que continuam na dita costa á buscar e á rescatar muitas cousas que na dita costa ha*. Hay quien dice—el P. Carvalho en su *Chorographia portuguesa* por lo menos—que los portugueses descubrieron Terranova; en mi tierra se oye decir que los balleneros vascos llegaban allá antes del primer viaje de Colón á América.

¡Qué tristeza infunde, después de recorrer con la memoria la espléndida historia de las glorias marinas de Portugal, la patria de los más grandes navegantes, fijar la vista en estos pobres mansos buyecitos rubios tirando playa arriba las cuerdas de las redes, sumisas sus astadas testuces bajo los ornamentados yugos en cuyo centro brilla el blasón, un tiempo resplandeciente de gloria, de Portugal!

Espinho, Agosto 1908.

BRAGA

Estando en Portugal, hay que ir á Braga ; es uno de los deberes del turista, ineludible en el que quiere escribir sobre lo pintoresco de esta tierra. ¿No quedábamos en que lo pintoresco?... bueno ; sigamos.

Y á Braga fui, á la antiquísima Braga, á la Bracara Augusta de los romanos, de la que dicen llegó á tener 275.000 habitantes, sin contar los esclavos. A Braga, que fué corte de los reyes suevos más de siglo y medio, allá por el VI, destruída por Almanzor, reedificada en 1050 por Don García. Los descubrimientos marítimos portugueses del siglo XV llevaron la vida al litoral, y Braga, la capital del Miño, entró en la decadencia en que hoy vive.

Todas estas noticias pueden verse, es claro, en cualquier diccionario enciclopédico ; pero yo las tomo de la *Guía do viajante en Braga*, de Azevedo Cotinho, librito ligero y despretenchioso con que el autor quiso darnos *um cicerone succinto nas informacoes, para nao provocar o aborrecimento ao viajante con impertinencias massudas*, es decir, latosas. ¿Conseguiré yo no

aburrir á mis lectores con impertinencias *massudas*—linda palabra—también?

Y allá fui, atravesando tierras de esa mimosa provincia del Miño. Verdura por todas partes; las vides enlazadas á los chopos y tre maizales, más allá suaves lomas cubiertas de pinos, y á lo lejos las colinas expirando entre niebla. Tierra de verdura y de niebla, tierra sin huesos.

Iba por el camino leyendo en *A Vos Publica* la recepción que el público hizo al orador Dr. António José d'Almeida en cierta reunión. Veré si logro traducirlo. «Al ardiente crepitar de las palmas jùntase triunfal clamor de ovación. Vibran las voces en gritos en que estremecen fiebres de entusiasmo. En un dominador impulso, como si una corriente eléctrica galvanizase á la asistencia entera, toda ella se yergue de pie, hombres y señoras, mandándole la tempestad amorosa y viva del aplauso que estalla en las palmas, que grita en las bocas, sube como lava de volcán de las entrañas del propio ser, de los fundamentos de la personalidad.» Apenas lo he traducido. Y os hago gracia de cuando el orador abre *las compuertas de la palabra sonora y grande* que brota admirable y rutilante *de la boca de oro del tribuno*.

Ya estoy en Braga. La entrada por el arco de la Puerta Nueva me hace esperar otra cosa. Y me encuentro con que la antigua Bracara Augusta de los romanos, completamente modernizada, carece de carácter. Es una ciudad agradable y trivial. Lo que no es trivial, rara vez agrada á primera vista.

Sus largas calles, sus plazas, sus *rotlos*, sus casas con azulejos; una de tantas ciudades de

provincia. No, no tiene ese aire solemne y señorial de las viejas é incomparables ciudades castellanas, las de más carácter de la Península toda. Si os gusta lo agradable, lo mimoso, lo alegre, visitad esto, Andalucía, Galicia; pero si alguna vez os abrió los ojos la poesía de los siglos, id á Toledo, á Avila, á Segovia, á Salamanca, á Zamora, á las pequeñas ciudades y villas castellanas y leonesas, revestidas de la austera nobleza de sus piedras seculares. Cierto es que no son para el gusto de los especieros enriquecidos; mas esto mismo las realza,

¿Y qué hay que visitar en Braga? La catedral desde luego, la del arzobispo primado de las Españas. Dicen algunos historiadores que la catedral bracarense fué en su origen dedicada á la diosa Isis y mandada edificar nada menos que por Osiris, rey de Egipto; pero es tradición con tante que la fundó el apóstol Santiago, aún en vida de la Virgen, á la que la dedicó. Pero de esta primitiva sede, dedicada á Isis por Osiris ó á la Virgen por Santiago, no queda ni rastro. La actual diz que se empezó á mediados del siglo XI. Sufrió varias reedificaciones, y lo que hoy se ve es casi todo del siglo XVIII portugués, es decir, lamentable.

«Pervirtiósese por tal arte el gusto entre nosotros desde mediados del siglo pasado especialmente—escribía en 1843 Almeida Garrett—; los estragos del terremoto grande quebraron de tal modo el hilo de todas las tradiciones de la arquitectura nacional, que en Europa, en el mundo tal vez, no se halle un país donde, al par de tan bellos monumentos antiguos como los nuestros, se encuentren tan villanas, tan ridículas y absurdas construcciones

públicas como casi todas las que desde hace un siglo se hacen en Portugal. En los reparos y reconstrucciones de los templos antiguos es donde este pésimo estilo, esta ausencia de todo estilo, de todo arte, más ofende y escandaliza.

No se puede caer más bajo en arquitectura de lo que caímos después que el marqués de Pombal nos *tradujo* en vulgar y arrastrada prosa los *rococos* de Luis XV...»

Y esto es hoy más verdad aún que cuando hace sesenta y cinco años lo escribió el famoso vizconde. En esta mezquina catedral de Braga quedan aún, al exterior, tales ó cuales restos del siglo XVI para allá, algunas portadas, estropeadas rejas, reliquias de lo que fué. Pero la fábrica actual es de la más perfecta insignificancia, la nave de un decorado de salón de baile. No falta, por supuesto, la consabida talla por la cual dan los consabidos ingleses la también consabida compensación en oro. ¡Y aquel oro! ¡Y aquellos órganos!

En un rincón de la catedral, retirado modestamente, el sepulcro en cobre dorado del infante D. Alfonso, hijo del rey Don Juan I, fallecido en Braga—el infante—á los diez años de edad, sepulcro hecho en Flandes. Ese Don Juan I, el maestro de Aviz, fué célebre sobre todo por sus hijos—uno de los más hermosos libros de Oliveira Martins, según Menéndez Pelayo, el mejor de los suyos, es *Os filhos de Don Joao I*—D. Duarte, D. Fernando, el mártir de Ceuta; D. Pedro, el que corrió las siete partidas del mundo; D. Enrique el navegante. Y este pobre D. Alfonso, muerto á sus diez años, ¿qué hizo para merecer esta sepultura? Nacer hijo de rey. Hizo más, y fué no hacer

nada de malo; su memoria está limpia de toda mancha.

En esta capilla adjunta á la catedral, en un sepulcro—todo son aquí sepulcros—de una trivialidad evidente yace «el arzobispo D. Gonzalo Pereira, abuelo del condestable de Portugal D. Nuño Pereira, del cual procede el emperador Carlos V y en todos los reinos de cristianos de Europa ó los reyes ó reinas de ellos ó amos, etc.» Así reza la inscripción—en portugués, por supuesto—con el etcétera. Y este etcétera debe de ser la punta del misterio. Después de haber dado al mundo ese nieto del cual proceden todos los reyes ó reinas de los reinos de Europa, ¿qué significa el misterioso etcétera? ¿Quiere realmente decir *et caetera*, ó quiere decir lo que cuando un escritor lo pone á seguido de sus títulos todos?

En la iglesia de la Misericordia, junto á la catedral, una lamentable talla representando la multiplicación de los panes. En estos días ha ido un diputado de la nación á Salamanca á comprar dos millones de kilos de centeno para conjurar el hambre. La iglesia de la Santa Cruz llena de dorados barrocos, todo en curvas. Esta gente portuguesa gusta mucho de la línea curva. San Juan del Soto es una nota pintoresca, con sus trechos de verdura cubriendo la piedra. Al verme tomar notas junto á él, un joven que estará harto de verlo se detiene á mirarlo un momento. ¡Estos extranjeros!...

Aquel torreón que se ve allí alzarse solitario, es lo que más venerable aspecto presenta. Es el resto del castillo de la ciudad, mandado construir por el rey Don Dioniz para servir de atalaya. Hoy es la cárcel pública y lo están

demoliendo, pero mientras hacen otra. Sudarios de verdura cubren á trechos las ruinas. Tras de una doble reja, unas pobres mujeres trabajan algo y charlan con los soldados de la guardia. Desde unas rejas más altas, unos desgraciados agitan unas bolsitas colgadas de un cordel y piden limosna quejumbrosamente, mientras el centinela se pasea ante las bolsitas con su fusil sobre el hombro izquierdo. Siento herida mi dignidad humana, y en vez de echar una moneda en alguna de aquellas bolsas apresuro el paso para no oír la quejumbrosa melopea.

Se les priva á los desgraciados de las más caras libertades, pero no la de pedir limosna. Hasta presos siguen siendo mendigos para que así se les endulce algo la vida. Esto es algo tan terriblemente sintomático, que no quiero comentarlo más; podría parecer que me ensañaba.

Me detengo un momento en la calle de los Vizcaínos—rua dos Biscainhos—y pienso: ¡si supieran estos pobres vecinos que está aquí un vizcaíno auténtico! ¿Qué querrá decir tal nombre para ellos? Es una calle curva; á un lado parrales tras una tapia.

Visito unas iglesias más, todas iguales y todas insignificantes, subo las setenta y dos escaleras de Nuestra Señora de Guadalupe, á gozar de una espléndida vista de verdura, y luego á callejear, á *flanear*, como decimos con un galicismo que expresa algo muy castizo español.

¡Qué encanto este de recorrer á la ventura calles por una ciudad que no se conoce! Perdersé y volver al mismo sitio, descubrir que

este callejón lleva á aquella plazuela que ya vimos, satisfacer así á poca costa el instinto del descubridor de nuevas tierras. (Estamos en Portugal.) Con frecuencia el loro: Brasil fué de Portugal, y hoy Portugal es casi del Brasil.

Yo no sé en qué consiste; pero, en esta tierra portuguesa, casi todos aquellos con quienes cruzo me parecen antiguos conocidos: tienen caras que he visto en alguna otra parte, caras plácidas, sonrientes. Los mendigos me parecen también conocidos viejos.

Paso por un mercado cuyos puestos se extienden bajo unos sombreros morales, y me detengo á preguntar á un hombre cómo se llaman aquellos árboles: *mourangueiras*, me responde, y se quedará pensando: ¡estos señoritos...! Los yugos de las parejas de bueyes que voy encontrando son más erguidos, más ligeros, más elegantes que los del Aveiro. Una colección de tales yugos será, sin duda, interesantísima. Gracias que Dios me dió muchos hijos y no sobra de rentas, que si no doy en coleccionista de cualquier cosa.

Del arte popular decorativo de Portugal, lo que aún queda es la ornamentación de los yugos, y si alguien ve en esta observación intenciones de simbolismo, le diré que todo es simbólico.

Cruzan muchachos con un mazo de libros bajo el brazo, más aún que en España, ¡pobrecillos! Gramática francesa, gramática inglesa, gramática alemana... ¡pretensiones! Y cruzán muchachas.

Una de las cosas que hay que ver en una ciudad son las muchachas, sin duda alguna. Y

las *raparigas* del Miño tienen que ver, digan lo que quieran los españoles de las portuguesas. Porque es frecuente oír en España que los portugueses son buenos tipos, pero las portuguesas no. Sin embargo, no opinaba así lord Byron, y voto con lord Byron. Tiene la portuguesa algo que sólo se expresa con una palabra portuguesa también, y es *meiguice*, blandura, una especial dejadez, algo á las veces de agitanado. Hay en ella algo de oriental, y no pocas veces se transparenta sangre no europea. No es la rígida majeza de la española. Y he de confesar que nada me es más antipático que el tipo de una de esas chulas provocativas que van barriendo las miradas de los hombres por las calles de Madrid. Si no llevan navaja en la liga, merecen llevarla. La moza de rompe y rasga me rompe y me rasga el gusto. Esta mujer portuguesa, en cambio, parece nacida para la caricia y para el rendimiento. Me explico la lírica erótico-patética de este pueblo.

¿Y qué va á hacer uno en estas calles? ¿Se guir á una muchacha bonita cualquiera? Los portugueses—hace decir Juan Chagas á una periodista francesa—*sont très suiveurs*. Y los españoles también. Lo son más por ociosidad que por otra cosa. Cuando no se tiene que hacer, ¿qué más da ir por un lado que por otro? Y ya de navegar á la ventura, sin rumbo, ¿no es mejor navegar teniendo por estrella del Norte las estrellas gemelas de unos ojos vivos?

Me detengo en una fotografía. ¿Qué interesantes estos muestrarios! Aquí está la pareja de novios con ojos asustados y con sus trapitos de cristianar; aquí la muchacha que hizo

su primera comunión; aquí la joven romántica á espera de un novio—tal vez alguno se enamore por el retrato—; aquí D. Juan Tenorio, conquistando en efigie; aquí el grupo de la familia numerosa, haciendo ostentación de prolicidad y retando á los malthusianos; aquí la señorita disfrazada de campesina; aquí el canónigo de gala, con un crucifijo y un libro sobre una mesa, entre otros adornos de carácter... Esto es un mundo.

Por esta calle abundan las tiendas en que se venden paramentos para iglesias, estampas, medallas, etc. Un viajero de juicio rápido concluiría de este y otros detalles que estaba en una ciudad levítica. Es lo que dice un borracho á una vieja, que esta Braga es la ciudad de las beatas. Y luego no he visto en los comercios las consabidas postales con los retratos de los prohombres republicanos—Alfonso Costa, Bernardino Machado, Antonio José d'Almeida, Juan Chagas, Guerra Junqueiro—ni el del regicida Buiça, y he visto retratos del difunto rey, el asesinado, del rey actual, del Papa, de Juan Franco. En una tienda dos magníficos retratos, con grandes marcos, del ex dictador. Estoy convencido, por supuesto, de que antes de una docena de años se restablece, en gran parte al menos, la buena fama de Franco en este pueblo extremoso y apasionado.

Me paro á ver arracadas en las platerías ó *ourivesarias*. ¿Por qué habremos dado en decir *orfebre* y *orfebrería*, cuando tenemos *orive*, que en algunas partes de España se usa? Pero algo noto que falta en estas calles de Braga, tal como yo me había imaginado á la ciudad arzobispal. ¿Qué es ello? Ahí, sí, fal-